



© Mariano Martín Rodríguez

© Álvaro Piñero González

KARL IMMERMANN

CUENTO DEL CLARO DE LUNA

*TRADUCCIÓN DE ÁLVARO PIÑERO GONZÁLEZ E
INTRODUCCIÓN DE MARIANO MARTÍN RODRÍGUEZ*

Cuando Lord Dunsany (1878-1957) publicó en 1905 *The Gods of Pegāna* [Los dioses de Pegāna] (1905) aportó un modelo de procedimiento ficcional que J. R. R. Tolkien (1892-1973) acabaría por consagrar en la práctica mediante la escritura entre 1918 y 1920 del primer borrador del relato que, tras diferentes versiones, su hijo Christopher daría a conocer con el título de «Ainulindalë» en el volumen titulado *The Silmarillion* [El Silmarillion] (1970). «Ainulindalë» es la cosmogonía de su universo ficticio épico-fantástico de Arda y representa un segundo ejemplo literariamente supremo, por estilo, narración y riqueza de significado, de lo que él mismo teorizó como *mitopoeia* o *mitopoiesis*, consistente en la invención artística y autoral de mitos en el marco de un mundo secundario de carácter plenamente ficticio. Tras las obras señas de Lord Dunsany y Tolkien, la *mitopoeia* se iría convirtiendo en uno de los elementos constitutivos de la *high fantasy* o *fantasía épica*, si bien no tantos de sus cultivadores se

han atrevido a publicar las cosmogonías de sus propios mundos secundarios, aunque sí lo han hecho, por ejemplo, Laura Gallego en los apartados correspondientes de su *Enciclopedia de Idhún* (2014) y Ferran Varela en una narración intercalada en forma de tradición oral del Imperio Leenero en su novela *El arcano y el jilguero* (2019).

Todos estos mitos carecen por principio de cualquier dimensión religiosa en la práctica, pero funcionan narrativamente como los mitos de origen ancestral ligados a las diferentes creencias paganas que existen o han existido en nuestro mundo, especialmente de aquellos mitos que han entrado en el canon literario gracias a los grandes autores que los han recreado por escrito a lo largo de los siglos con un estilo adaptado a la grandeza de su objeto, lejos ya de la seca y concisa funcionalidad narrativa de los mitos de la tradición oral de numerosos pueblos del mundo, tal y como estos han sido puestos fielmente por escrito por navegantes, exploradores y etnógrafos

concienzudos. Desde la *Teogonía* del poeta griego de la época arcaica Hesíodo y los primeros capítulos del *Génesis* bíblico, obra de unos ignotos escribas hebreos, hasta la mágica transfiguración de poemas populares hecha por el finés Elias Lönnrot (1882-1884) para producir la grandiosa cosmogonía del primer canto de su *Kalevala* (1849 en su versión definitiva), tanto Lord Dunsany como Tolkien tenían buenos precedentes de la escritura literaria impecable de sus cosmogonías inventadas o neocosmogonías.

No sabemos, en cambio, si también llegaron a tener presentes los relatos cosmogónicos de escritores anteriores que fueron los verdaderos pioneros de su procedimiento mitopoético, caracterizado por una escritura mitográfica que combina la objetividad narrativa de la exposición científica y el cuidado de su lengua para garantizar una alta literariedad. William Blake (1757-1827) había inventado en torno a 1800 varias figuras divinas en sus mitos inventados o neomitos en verso inglés, por ejemplo en *The Book of Urizen* [El libro de Urizen] (1794/1818). Sin embargo, los poemas correspondientes parecen más bien construcciones alegóricas, y carecen de la contextualización material de la fantasía épica posterior. Los neomitos de Lord Dunsany y Tolkien se inscriben en un universo ficticio concreto, no en los vaporosos mundos del símbolo como en la obra de Blake, un autor siempre más interesado por las ciencias divinas, de las que beben los géneros alegóricos, que por las humanas. La *mitopoeia* contemporánea no es un producto de una imaginación visionaria y mística como la de Blake, sino una derivación ficticia creativa de la disciplina de la Mitología comparada, tal y como esta pudo consolidarse

gracias al desarrollo de la Arqueología, la Filología y la Etnología científicas desde finales del siglo XVIII. Las narraciones cosmogónicas patrimoniales así reveladas a un público que ya no aceptaba limitarse a los mitos hebreos y griegos no tardaron en inspirar émulos literarios. Entre los pioneros cabe mencionar un autor tan canónico como Giacomo Leopardi (1798-1837), cuya «*Storia del genere umano*» [*Historia del género humano*], una de sus *Operette morali* [*Opúsculos morales*] (1827), propone una cosmogonía original en prosa que ya presenta todos los rasgos estilísticos y conceptuales que realzan el atractivo de las de Lord Dunsany y Tolkien, pero que todavía distan de la *mitopoeia* propiamente dicha, porque sus personajes son aún alegóricos (el Amor, la Verdad, la Justicia, la Virtud...) y, sobre todo, porque el dios creador es el Jove/Júpiter de la mitología grecorromana, además de aludirse al mito griego del diluvio, con sus supervivientes Deucalión y Pirra.

Un dios griego, Proteo, figura en una cosmogonía alemana poco posterior, titulada «*Mondscheinmärchen*» [*Cuento del claro de luna*], que su autor, Karl Immermann (1796-1840), integró como narración independiente en su extensa novela *Die Epigonen* [Los epígonos] (1836)¹. Sin embargo, Proteo no guarda ningún parecido en el cuento de Immermann con aquel dios marino, sino que es el señor del metal aparecido como primer ser personalizado en la Tierra o, más bien en su interior, pues no es sino el resultado de la cristalización de la amargura de aquella. Immermann simplemente habría aplicado a su propia invención, atendiendo a su carácter *primero* o *primordial*, la etimología del dios griego, cuyo nombre eso significa y está

¹ El texto de la traducción se basa en la reedición siguiente: Karl Immermann, «*Mondscheinmärchen*», *Deutsche Kunstmärchen von Wieland bis Hofmannsthal*, herausgegeben von Hans-Eino Ewers, Stuttgart, Philipp Reclam jun., 2001, pp. 507-512.

relacionado con el prefijo *proto-*. El Proteo del cuento alemán es una figura demoníaca que, tras haber sido generado a partir de la bilis de la Tierra, no ha hecho desde entonces más que atormentar mediante sus metales a la humanidad, aparecida finalmente en la superficie del planeta tras convertirse este en una bola y surgir la vegetación y la fauna. Son los metales de Proteo los que, en forma de armas de hierro y acero, pugnan por abrazarse, atrapando en medio a los hombres, en el campo de batalla, según la original y tragicómica imagen de Immermann, o los que se desviven por reunir las piezas de oro, siguiendo la querencia de estas y no los mejores intereses humanos. Por otra parte, son las maldades de Proteo y la manera en que se manifiesta con violencia entre los hombres los que asustan a la Luna e impiden que corra a abrazar a su madre y aplastarnos, conformándose en su lugar por consolarnos mediante su claro, que simboliza el amor por su madre, la Tierra. Es ese claro de luna el que inspira el cariño y la poesía que alimentan el anhelo por la paz de un orden mejor, tal y como señala la voz narrativa en una intervención final de aire lírico que intensifica el efecto commovedor de las imágenes lunares y compensa románticamente la crueldad del proceso de la creación, además de acercar a la sensibilidad sentimental de los lectores lo que en las primeras líneas se había presentado como una relación de los orígenes del universo según las investigaciones más recientes, asentando así desde el principio su supuesta base científica. Sin embargo, no se trata de la ciencia cosmológica, entonces por lo demás en sus inicios, sino probablemente de la nueva ciencia de la Mitología comparada, que estaba dando a conocer cosmogonías que, como la finesa, situaban el origen del mundo en uno o varios huevos cósmicos.

En la neocosmogonía de Immermann, que es el primer ejemplo de mitopoiesis mitográfica integral escrita con fines puramente ficcionales de que tenemos noticia, nada había al principio fuera de la Tierra, la cual tenía originalmente la forma de un suave nido. Cuando la Tierra-nido sintió la necesidad de darse sentido albergando huevos, estos aparecieron, pero los polluelos no se quedaban a hacer compañía a su madre. Todos rechazaban su amor y se marchaban a errar por el firmamento, y así aparecieron los astros que lo pueblan. La Tierra, infeliz, se contrajo en la bola que es hoy y de ahí surgieron Proteo y luego los hombres, con las consecuencias arriba descritas. Tan solo quedó un último huevo, de donde saldría una cariñosa niña, pero ya era tarde para una Tierra amargada, que la expulsó de su lado. Esa niña es la Luna que la sigue a todas partes pese a las proteicas maldades.

Se echa de ver, pues, que el universo y nuestro planeta son, para Immermann, el fruto de un terrible dolor cósmico causado por la ingratitud. Su felicidad solo había sido posible en los tiempos de serenidad primigenia anteriores a la creación, aunque el final del mito sugiere que es posible soñar con un orden superior en que Proteo no haga de las suyas y la Tierra acepte el amor que se le ofrece, pero se trata seguramente de una ilusión tan poco consistente como las nubes. No se vislumbra ninguna redención ni reivindicación finales que destierren el mal, ni este es el producto de una caída moral humana que permita esperar volver a levantarse. A diferencia de los mitos cosmogónicos hebreos que fundan las religiones judías, incluido el cristianismo en que se educó Immermann, los seres humanos son fundamentalmente meras víctimas de un mal cósmico encarnado de forma natural en Proteo, cuyos actos determinan prácticamente la actuación humana, sin gran capacidad de resistencia u oposición. Además, solo la

aceptación por la Tierra del cariño de la Luna permitiría su reencuentro y la felicidad que desterraría la amargura generadora del mal en el seno de la Tierra, pero con ello también desapareceríamos todos quienes vivimos y sufrimos en su superficie. Immerman manifiesta así un pesimismo integral tan negro como el generado por la visión lovecraftiana del universo, con sus dioses que nos destruyen con total indiferencia. Incluso más, pues la felicidad solo se podría recuperar en nuestra completa

ausencia, por mucho que no seamos realmente responsables de lo que nos pasa, al menos según la concepción mítica de Immermann expresada en este cuento, cuya fantasía visionaria y dulce estilo poético permiten templar, mediante el recurso a la emoción y la distracción que depara la variedad y originalidad de las vistas míticas, la desesperación que podría provocarnos el triste espectáculo de nuestro mundo y del universo entero.

CUENTO DEL CLARO DE LUNA

En aquel tiempo primitivo y gris del que la humanidad alberga las nociones más confusas, el mundo era tal y como se recita a continuación, según indican recientes investigaciones. La Tierra lo era todo y fuera de ella no existía nada; solo una falsa modestia de tiempos posteriores ha fabulado que el bueno de nuestro planeta, junto con tantos otros cuerpos celestes mayores y menores, había surgido del caos o del universo. En aquel entonces tenía la Tierra la forma de un nido: concretamente, en el centro era su profundidad de varios miles de millas y la superficie de sus lados se replegaba hacia arriba y a lo ancho formando un borde protector. No había ni árboles ni hierba, ni animales ni seres humanos en la Tierra, y tampoco brillaba el sol. Sin embargo, ni en su superficie ni en la concavidad del nido reinaban la aspereza, el silencio o la oscuridad. Su superficie era lisa y suave al tacto, como el terciopelo más fino. Se cantaba a sí misma una canción dulce de aquella serena eternidad y fosforescía con luces de los colores más variados.

Este estado dichoso duró bastante, pero finalmente, y como nada permanece inmutable, una peligrosa curiosidad nació y se dijo a sí misma: «¿Para qué hay un nido sin huevos? Mi propósito se ha realizado solo a medias». Inmediatamente sintió su soledad y su anhelo por tener huevos, los cuales se convertirían, pensaba, en sus más graciosos acompañantes y compañeros de juegos.

¡Cuál fue su alegre sorpresa cuando una mañana, al despertar, halló en su regazo un buen número de huevos de lo más hermoso! La historia y las leyendas no nos cuentan de dónde salieron esos huevos, ni de qué modo misterioso se entregó este regalo. Baste decir que allí estaban en un círculo al fondo del gran nido, transparentes, cual gemas, con figuras ornando las fúlgidas cáscaras. En su interior, palpitaba una fuerza vital propia indomable.

La Madre Tierra, desbordada de alegría, hizo un movimiento diagonal, que luego dio lugar a la oblicuidad de la eclíptica, pero, recordando sus nuevos deberes en el momento

oportuno, pronto se recompuso y lloró tan solo algunas lágrimas en el infinito espacio vacío. Entonces comenzó, llena de cariño, a dar calor al bien que le habían confiado y a hacer miles de planes sobre cuán afectiva y amigable sería con los pajaritos cuando salieran de sus huevos.

Entre estos cuidados, pensamientos y ensueños, algo se movió dentro de uno de los huevos y, después de picotear la cáscara, una figura luminosa y alada emergió de su cáscara. Al principio, todavía estaba dentro de los límites de lo que se podía considerar un tamaño tolerable, pero con la velocidad de una tormenta creció, probablemente hinchada por el aire atmosférico entrante, hasta hacerse tan inmensa que la Tierra sintió gran espanto y pavor ante este nacimiento. Mas se recompuso y dijo:

—Compañera, ¿no olvidarás quién alimentó tus fuerzas? Vamos, sé mi amiga.

—¿Qué amiga? —le espetó la fogosa heroína—, no tengo tiempo para la sensibilidad; mi camino discurre independiente por los espacios incommensurables.

Y dicho esto se fue disparada, la ingrata, y se convirtió en la primera estrella fija del firmamento. Los demás nacimientos, que pronto se sucedieron, siguieron el mismo patrón; ninguno quería tener nada que ver con la vida hogareña y la convivencia acogedora, sino que querían hacer su propia fortuna en el firmamento, lo que sin duda debieron de lograr, como lo indica el cielo estrellado.

Solo una fugitiva, hermosa, exuberante y de temperamento vivaz, se arrepintió de su ingratitud tras recorrer unos cuantos millones de millas de distancia; detuvo su carrera salvaje y se puso roja de vergüenza. Todavía mira de vez en cuando el nido abandonado, y el sonrojo aún le dura, lo cual nos es muy provechoso, porque, si el Sol no se avergonzara tanto y así no nos calentara, nos habríamos muerto todos congelados hace mucho, ya que pronto las cosas

tomaron un cariz triste, como voy a contar ahora.

Primero, la Tierra, vista la dolorosa decepción de sus esperanzas, arrojó enojada por el borde algunos huevos que aún no se habían desarrollado por completo. Cayeron imparablemente en las profundidades durante bastante tiempo, pero finalmente se golpearon con algún rincón afilado del mundo, las cáscaras se hicieron añicos y los fetos inmaduros rebotaron por el suelo. Estos ahora tienen vida y a la vez no la tienen; en sueños de media vigilia se lanzan de aquí para allá, dejando tras de sí ese rastro encendido de todo tipo de trastadas, y son, en resumidas palabras, desafortunados cometas que pueblan el firmamento y en los que no se puede confiar ni creer.

Pero ¿qué nos importan los cometas? En la Tierra, aquella fallida intención amistosa tuvo consecuencias completamente diferentes. En primer lugar, la Tierra se contrajo y pasó de tener la forma de nido abierto a la de esfera achatada, en la que no puede haber mucha profundidad. A continuación, a través de un violento derramamiento de bilis, apareció en sus intestinos Proteo, el rey del metal, que no es sino la amargura cristalizada de la Tierra y desempeña un papel importante en todos los tratos posteriores. Luego, para solaz de la Tierra, tuvo lugar la creación en seis días: hierbas y árboles, peces, pájaros, animales de cuatro patas y, finalmente, el hombre. La Tierra se consoló al ver que todo reverdecía y florecía, se arrastraba y aleteaba, pero de nuevo volvió a sentirse insatisfecha y se decía innumerables veces al día: «Nada de esto basta». Y cada vez que se dice esto a sí misma, algo muere o se marchita.

Mas Proteo, el rey del metal, el viejo fastidio, se abre paso inexorablemente hacia la luz del día. Y no es cierto que los seres humanos lo busquen ni que a él le guste quedarse en sus sombrías estancias; no, él los mira y los atrae

desde las tinieblas, y, si no puede llegar a ellos de otra manera, los persigue en sus sueños. Luego, atormentados por el desasosiego, deben destrozar la Tierra y desenterrar su miseria. Porque cuando está en la superficie, al viejo cascarrabias le invaden caprichos infantiles: no soporta abrirse camino por el mundo con extremidades desperdigadas; en ningún momento quiere perder su integridad. De este anhelo del metal por sí mismo surgen todas las plagas que azotan al desafortunado género humano: las guerras, el egoísmo, los hurtos, los robos. Porque así es como acaba, por ejemplo, el suministro de espadas, rifles y cañones almacenado en las armerías de un país desplazándose a las de otro; el hierro incita al brazo humano con influencias ocultas hasta que este acaba por servirle y con gran ruido aprieta el gatillo. Luego se dice que tal o cual nación le ha declarado la guerra a la otra. Los ejércitos, o más bien las extremidades dispersas de Proteo, avanzan unos hacia otros. Finalmente se dan cita y se produce el feliz reencuentro, entre abrazos, lo que deja sumidas en la desgracia a las personas atrapadas en el medio. A esto es lo que se le llama una batalla y se dice que son *ellos* quienes la han librado, cuando eran solo el hierro y el acero quienes se saludaban vivamente y las bocas de bronce las que se lanzaban besos de fuego.

Lo mismo ocurre con la plata y el oro. Donde abundan, surge el deseo de ligarse a una fortuna que se encuentra en otra parte. Los aviesos ojos mágicos carmesíes y blancos buscan manos que les hagan un favor; todo usurero y estafador que descubren queda atrapado por ellos y se ve compelido a utilizar todo tipo de astucias malvadas para reunir a los separados tesoros. Cree que posee el peculio y es el peculio quien lo posee a él. Pero la potestad sobre el hombre honesto les es negada, porque aquel no hace nada por la reunión de los metales, y

Proteo, una vez se le escapa entre los dedos por error, inmediatamente lo deja de nuevo; en otras palabras, sigue siendo pobre toda su vida.

Así van las cosas en el mundo; todos lo sabemos. Pero el claro de Luna nos muestra en cierta medida lo diferente y hermoso que habría sido todo si la Tierra hubiera podido tener a los pajaritos como compañía cuando estos salieron de los huevos. Cuando las estrellas fijas ya habían partido y los cometas habían llegado demasiado pronto al mundo, se oyó una hermosa voz en un rincón que pedía que la trataran con cuidado. La Tierra miró y vio que aún quedaba uno de los huevos, cuyo interior luchaba trabajosamente por alcanzar la vida exterior. Era la figura tierna de una niña, mucho más gentil y delicada que las demás, que, tan pronto como pudo sostenerse sobre sus piececitos, hizo un juramento de lealtad a la Tierra sin que nadie se lo pidiera y prometió serle siempre amable y solícita. Pero la Tierra, que estaba profundamente amargada por la ingratitud de los demás, y en la que Proteo ya había depositado sus molestias metálicas, hizo pagar a la inocente, como ocurre en tales casos, y la expulsó con duras palabras y le gritó que buscara a sus camaradas en el cielo estrellado, que no quería volver a verla, y tanto agitaron estas palabras a la pobre pequeña Luna que salió despedida muy lejos.

Pero no se dejó engañar en cuanto a su verdadero propósito. Incluso si se le había prohibido tener una relación más cercana, nadie podía prohibirle seguir a su iracunda madre y girar en torno a ella desde una distancia prudente. Esto es lo que lealmente ha hecho durante muchos miles de años y continuará haciéndolo hasta el fin del mundo, lo que probablemente no sucederá en mucho tiempo.

Hace mucho que a la Tierra se le pasó la ira y, de hecho, anhela en secreto unirse con la Luna. Solo que este deseo se ve obstaculizado

por todo lo que entretanto se ha creado, ya que es previsible que, si las dos grandes potencias se unieran, tanto los bosques y los campos, como los animales y las personas quedarían aplastados entre ellas. La Tierra, como buena ama de casa, no quiere tal ruina, así que pensó en otro remedio, y la Luna tuvo que conformarse con limitarse a brillar.

El claro de luna es el sustituto entusiasta del beso entre madre e hija. No es una mera ilusión; con ella, la Luna insufla su amor en el pecho de su madre, que se estremece felizmente hasta lo más hondo. No digo nada secreto o desconocido; lo que digo lo sabe todo el mundo. ¿Quién no ha sentido alguna vez la magia de una noche de Luna? Todas las criaturas sienten que algo grande y lleno de cariño está sucediendo y sienten una suerte de transformación: las hojas de los árboles se estremecen, las flores desprenden su dulce aroma, los lirios lanzan ligeras llamas desde sus cálices, los pájaros cantan en sueños y del corazón de los seres humanos brota el amor. El anhelo de la Luna por su buena y mortificada madre se hace cada vez más grande; crece con sus deseos y pasa de ser una hoz a un medio disco y de este a la luna llena.

Llegados a este punto, Proteo, que aborrece todo dulce enternecimiento, se enfada y le invaden pensamientos salvajes. Crujen y brillan los minerales en las minas, tintinean las armas en las armerías, resuenan inquietantemente las piezas de oro y los táleros en las bolsas de los ricos. La Luna tiene miedo de esta criatura malvada, pierde peso hasta la luna nueva y parece intimidada para siempre. ¿Pero quién puede forzar al corazón? Tan pronto como el furibundo Proteo se calma un poco, la hoz querida vuelve a brillar por encima del horizonte y el juego familiar comienza de nuevo.

Seguramente todos moriríamos si la Luna decidiera ignorar la prohibición de su madre y se posase en su pecho en lugar de darnos su brillo. Pero cuando pienso en lo feliz que me ha hecho el claro de luna, con la dulce paz con que me arrulla, siento a veces el deseo de librarme a un descenso tan feliz como el suyo, tras el cual tal vez podamos elevarnos de nuevo como ligeros sueños nebulosos a un orden superior.